Historia crítica del teatro infantil español

De Juan Cervera

Por Javo Rodríguez

Historia crítica del teatro infantil español

de
Juan Cervera

Edición:
Editora Nacional

¿Cómo recomendar un libro cuando muchos de sus criterios no se comparten?

¿Por qué recomendar ese libro cuando no constituye una novedad editorial?

Estas, y alguna otra, preguntas se contestan afirmando que *Historia crítica del teatro infantil españo*l es una obra imprescindible y única, que no ha sido superada dos décadas después de que obtuviese el *Premio Nacional de Literatura Infantil,* en su modalidad de Investigación.

Esto da idea de la pobreza que existe en el campo del análisis teórico del teatro para niños, pobreza que se agrava si hablamos del análisis histórico.

El ensayismo teatral español ha despreciado y ninguneado los textos para público infantil de forma sistemática. No es una afirmación banal.

Si leemos obras emblemáticas como *Historia del teatro español* de Francisco Ruiz Ramón o más modernas como *El teatro español desde 1936* de César Oliva, nos encontramos con sorpresas.

Ruiz Ramón reduce las siete obras para niños de Jacinto Benavente a tres que despacha en un solo párrafo; más espacio dedica a Ramón María del Valle–Inclán y su *Farsa infantil de la cabeza del dragón,* tal vez porque considera que «rebasa con mucho la significación propia de una pieza de teatro infantil»; las obras para niños de Eduardo Marquina, los hermanos Quintero, Alejandro Casona, Alfonso Sastre, Lauro Olmo y Pilar Enciso o Carlos Muñiz simplemente no existen.

Más atenuado pero claramente insuficiente es el caso de César Oliva quien, tras detenerse en el teatro para niños de Luis Matilla y, brevemente, en el de Benet i Jornet, ignora las obras de Jesús Campos, Miguel Ángel Rellán, Alberto Miralles, Fernando Almena, Miguel Ángel Medina o Ignacio del Moral, por poner sólo unos ejemplos.

Los casos anteriores se refieren a autores analizados, en su faceta de dramaturgos para adultos, por Ruiz Ramón y Oliva. Si hablamos de autores especializados en teatro para público infantil (Gloria Fuertes, por poner un ejemplo) la lista sería interminable. Lo mismo sucedería si hablásemos de autores que escribieron o escriben para niños en euskera, gallego o catalán. Y no hablemos si se trata del teatro de títeres, donde salvando los casos de Lorca y Valle, el vacío de información es casi total.

Este enorme agujero negro es el que llena Juan Cervera, superando obras anteriores como *Historia de la literatura infantil española* de Carmen Bravo Villasante, única referencia documentada hasta la ya lejana aparición del estudio de Cervera.

El autor disecciona estos autores y textos, ignorados sistemáticamente, hasta el fondo y, en este sentido, poco importa si se comparten o no sus opiniones, lo importante es que sus críticas se convierten en seminales, en una referencia imprescindible.

¿Por qué, con todo esto, los peros que abren esta recomendación?

El primero de todos correspondería a una eterna polémica que ya debería haber sido superada: las diferencias entre teatro infantil y teatro para niños.

En la introducción de su obra, Cervera polemiza con Alfonso Sastre sobre este tema. Frente a la opinión de Sastre (la más admitida en la actualidad) quien afirma

que el teatro infantil es aquel en el que hacen los niños, y el teatro para niños es aquel que los adultos representan para un público infantil; Cervera se inclina por englobar dentro del teatro infantil todo aquel en el que se establezca cualquier relación entre teatro e infancia.

Esto le lleva a dedicar gran parte de su obra a textos que abarcan desde la pura catequesis (el teatro de los jesuitas, salesianos, las representaciones de los milagros de San Vicente Ferrer...) a tradiciones como la representación de *El Misterio de Elche,* pasando por la literatura dramática para la educación de príncipes.

Si hay que buscar una fecha de nacimiento para el teatro destinado al público infantil, tal y como lo entendemos hoy, sin duda esta sería el mes de diciembre de 1909, cuando Jacinto Benavente inaugura el «Teatro de los Niños» en Madrid.

Por primera vez se realiza una programación que pretende ser estable y no reducida a las fechas navideñas o feriales.

Una programación realizada para todos los públicos e interpretada por compañías profesionales sin intervención infantil[1]. Un teatro alejado de la catequesis[2].

Y, sobre todo, el factor al que el autor responsabiliza de este paso es lo que llama «la conciencia literaria», refiriéndose a la aportación, inédita o vergonzante hasta entonces, que autores consagrados en el teatro para adultos, realizan escritores como Valle–Inclán, Eduardo Marquina o el propio Benavente[3].

Desde 1909 hasta 1975 es donde el trabajo de Cervera cobra autentico interés.

Cervera no ignora a ningún autor del periodo que analiza.

No se olvida de los títeres, señalando a gentes ignoradas pero con una interesante obra como Salvador Bartolozzi o Ángeles Gasset.

Tampoco, aun de forma relativamente forzada, obvia las aportaciones indirectas de García Lorca o Rafael Alberti[4].

El segundo pero no es achacable a Cervera sino a la pobre investigación que sobre el tema se publica, Cervera finalizó su estudio con la llegada de la democracia, desde entonces a hoy, la más rica etapa del teatro para público infantil en nuestro país, la historia está por escribir. ■

Fragmentos de *Historia crítica del teatro infantil español* de Juan Cervera

[1] Si el teatro de los niños a divertirlos ha de estar dedicado, mal cumpliría si para divertir a unos habría de mortificar a otros. Cuando alguna obra exija algún personaje infantil, niño o niña, no faltarán zangolotinos de ambos sexos que sepan dar al público la ilusión de la infancia. (Benavente, citado por Cervera).

[2] Y nada de esa moral practicona que a cada virtud ofrece su recompensa y a cada pecadillo su castigo; esa moral que convierte el mundo en una distribución de premios y pudiera resumirse en un dístico por el estilo:

«No comáis melocotones, porque dan indigestiones». (Benavente, citado por Cervera).

[3] El hecho de que la idea partiera de Benavente y que este planteara su creación a niveles profesionales y no simplemente de buena voluntad; en el ámbito de uno de los teatros consagrados, y no en la penumbra de una escuela o en una parroquia, tiene el valor de dar al gesto el valor que se merece. Y en el ánimo de Benavente estaba recabar para el «Teatro de los Niños» la colaboración de autores importantes, con lo que la idea cobraba matices de seriedad y trascendencia.

[4] García Lorca propiamente no aporta creaciones de teatro infantil. Con todo, su sentido de lo infantil [...] siembra en alguna de sus composiciones [...] elementos que parecen dispuestos para culminar en obras dramáticas para niños.

La presencia de títulos sugestivos para el mundo de la infancia, tales como *Los títeres de cachiporra* y *Retablillo de Don Cristóbal.* Nuestra afirmación se basa no solamente en el título propiamente tal, o en la calificación que acompaña al segundo —farsa para guiñol— sino en parte del desarrollo dramático y tratamiento literario que les imprime, que hacen que esta obras presenten fragmentos o aspectos auténticamente infantiles, aunque en su conjunto no lo sean.